

SAM KEAN

# LA BRIGADA DE LOS BASTARDOS

La apasionante historia de los científicos y espías  
que sabotearon la bomba atómica nazi



Raramente los secretos científicos han sido tan vitales como lo llegaron a ser durante la Segunda Guerra Mundial. En medio de la planificación del Proyecto Manhattan, la Oficina de Servicios Estratégicos de Estados Unidos ideó un plan secreto: la Operación Alsos, destinada a rastrear y entorpecer las investigaciones sobre energía nuclear llevadas a cabo por las Potencias del Eje. El resultado fue un complot digno del mejor *thriller*, basado en sabotajes, espionajes y asesinatos. En el corazón de esta misión se encontraba la llamada «brigada de los bastardos», un grupo de soldados, científicos y espías que se infiltraron entre los físicos, químicos y militares alemanes para detener la amenaza más aterradora de la guerra: la bomba nuclear ideada por Hitler.

En esta fascinante historia de la batalla por la supremacía atómica destaca no solo el increíble elenco de personajes, sino la capacidad de Sam Kean para mostrarnos las mentes de esos hombres y mujeres que realizaron una de las labores de inteligencia más importante de todos los tiempos.

## ÍNDICE

Nota del autor

Prólogo. Verano de 1944

Primera parte. Antes de la guerra, hasta 1939

1. El profesor Berg
2. Fallos por poco y grandes aciertos
3. Rápidos y lentos
4. De Crimea a Hollywood
5. División
6. Girando sin control
7. Banzai Berg
8. Al borde

Segunda parte. 1940-1941

9. El Club del Uranio
10. Agua pesada
11. Del juego a la realidad
12. Jack el Loco
13. El acuerdo
14. Los altibajos de Harvard
15. Maud Ray Kent

Tercera parte. 1942

16. Resistencia
17. El fuego se oyó en todo el mundo
18. A la guerra
19. Brasil y más allá
20. Los días en Baja California
21. V-1, V-2, V-3
22. Cartas
23. Operación Freshman
24. El navegante italiano

Cuarta parte. 1943

25. Mensajes secretos
26. Operación Gunnerside
27. El consuelo de la filosofía
28. «Empezará la diversión»
29. Fuera de quicio
30. La hermosa Peenemünde
31. PT-109
32. El bocazas
33. Agua pesada bajo el fuego
34. Alsos

Quinta parte. 1944

35. Busy Lizzie
  36. El segundo asalto de Groves
  37. El transbordador
  38. Tiburones
  39. El blues de Vizcaya
  40. El gigantón
  41. Barrenas y menta
  42. Remo
  43. Afrodita contra Anvil
  44. Valkiria
  45. Evasión y resistencia
  46. El Rayo A
  47. Zootsuit Black
  48. Recibiendo bastante bien
  49. «I'll Be Seeing You»
  50. El zoo de los colaboracionistas
  51. Rayos sanos, dientes sanos, paranoia sana
  52. El hombre más letal
  53. La universidad nazi
  54. Principios de incertidumbre
- Sexta parte. 1945
55. Operación Big

56. El organista solitario

57. Triunfo y derrota

58. Alimania

59. Cae la bomba

Epílogo. De 1946 en adelante

Material adicional

Agradecimientos

Personajes principales

Personajes secundarios

Fuentes

Láminas

Sobre el autor

Las cosas extrañas pueden parecer razonables a los hombres que saben lo suficiente para temerse lo peor.

THOMAS POWERS

## Nota del autor

Cuando doy una charla o una conferencia a menudo me preguntan por qué no he escrito nunca un libro sobre física. Al fin y al cabo, me especialicé en física en la universidad y sigo pensando que es la más romántica de las ciencias. Ninguna otra materia tiene un alcance tan increíble, ya que abarca desde la estructura de las partículas subatómicas hasta el destino del cosmos, por no mencionar todas las cosas de tamaño humano que hay entre medio. Si conoces la física, conoces el universo.

Sin embargo, en los cuatro libros que he escrito he pasado más o menos por alto el tema de la física, centrándome en cambio en la química, la genética, la neurociencia y la atmósfera. ¿Por qué? La respuesta más corta es que también tenía que ser fiel a mi segunda licenciatura universitaria: la literatura inglesa. Es decir, que lo que realmente me gusta es contar historias, y cuando planifico un libro busco ante todo historias impactantes. Quiero héroes y villanos, conflicto y drama, giros de guion y redención. Y, francamente, no he encontrado en la física un tema que haya captado tanto mi atención como para escribir todo un libro sobre él.

Hasta ahora. *La brigada de los bastardos* es precisamente la clase de historia de aventuras sobre física que siempre he querido contar: la historia del épico intento de impedir que los nazis consiguieran la bomba atómica. La ciencia es lo que hace avanzar esta historia, de eso no cabe duda, pero lo esencial son los extraordinarios hombres

y mujeres que asumieron ese deber y que estaban dispuestos a emplear cualquier medio que fuera necesario – espionaje, sabotaje, subterfugios, e incluso el asesinato– para lograrlo. Independientemente de la clase de historia de que estemos hablando, lo que nos atrae son los personajes, y aquí hay sicarios y ganadores del premio Nobel, jefes de Estado y aspirantes a estrellas de Hollywood, personas de gran fortaleza y personas de una debilidad vergonzosa. Pero por encima de todo son seres humanos, personas inmersas en situaciones que sacan a la luz lo mejor y lo peor de ellas.

*La brigada de los bastardos* es, en cierto modo, un alejamiento de mí mismo, un nuevo reto como escritor. En todos mis otros libros elegí un tema central (la tabla periódica, el cerebro humano, etc.) y escribí unos cuantos relatos. En consecuencia, los capítulos eran, en gran medida, independientes y podían leerse por separado, como una recopilación de cuentos. Este libro está más definido, es más como una novela. Porque si bien de la trama parten diferentes hilos, el libro cuenta una historia central y la verdad surge únicamente de las acciones conjuntas de los personajes.

Y dado que los personajes son esenciales en esta aventura, he pensado que podía ser útil incluirlos en una lista al final del libro (no quisiera desvelar nada). Si necesitas recordar quién es quién, siempre puedes consultarla.

Por encima de todo, espero que disfrutes de este libro. La física me gusta tanto que he querido ser muy cuidadoso en mi primera incursión en su mundo, y esta historia ha hecho que la espera haya merecido realmente la pena.

## Prólogo

### Verano de 1944

Cuando los soldados salían de la casa, el marco de la puerta estalló haciéndose astillas cerca de sus cabezas. No era la primera vez que alguien disparaba a Boris Pash aquel día, y no sería la última. Una hora antes, Pash y uno de sus lugartenientes habían avanzado a rastras por el bosque plagado de trampas que rodeaba aquella casa de campo junto al mar en el norte de Francia. Siete valerosos luchadores de la resistencia ya habían muerto en aquellos bosques, pero Pash tenía una vena bravucona, algunos dirían que temeraria, y había decidido avanzar de todos modos. Su misión: capturar a un científico local. Sobre la razón por la cual tenía que capturarlo, Pash guardaba silencio. Sin embargo, aquel día resonaban en su cabeza las últimas palabras que había oído de sus jefes en Washington algunas semanas antes: «El más mínimo retraso en alcanzar tus objetivos podría costarnos pérdidas enormes, o incluso la guerra».

Aquello no era ninguna exageración. Pash dirigía la unidad Alsos, un equipo de comandos científicos que recorrían Europa recopilando secretos sobre la amenaza más terrible que podían imaginar: el proyecto de la bomba atómica nazi. Como Alsos actuaba de manera independiente, desvinculada de cualquier grupo militar superior, la gente lo denominaba «la unidad de los bastardos». Sin embargo, ese apodo era válido también para el propio Pash, un enérgico veterano de la Primera Guerra Mundial

cuya rebeldía tras las líneas enemigas provocaba úlceras de estómago a sus socios de Washington.

Al mismo tiempo, los chupatintas necesitaban a un bastardo como Pash: se encargaba de misiones que nadie más podía o quería aceptar. Como ir a la caza de un científico en un pueblo costero de Francia que seguía bajo el control de los nazis. El hombre en cuestión era un físico galardonado con el premio Nobel del que se rumoreaba que estaba colaborando con los nazis en la investigación nuclear. Su captura, por tanto, podía desbaratar todo el proyecto de la bomba atómica nazi y mantener las armas atómicas fuera del alcance de Adolf Hitler.

Sin embargo, después de sortear todas las minas y las trampas en el bosque, Pash y su compañero habían llegado a la casa para descubrir la triste realidad: nada. La puerta estaba entreabierta y la casa abandonada, desmantelada y llena de escombros. Registraron todos los rincones, pero no había documentos, equipos ni, desde luego, ningún científico nuclear. Washington temía que incluso un «ligero retraso» en encontrar el objetivo pudiera costarles la guerra a los aliados. Ahora, el objetivo se había esfumado. Un abatido Pash y su lugarteniente se dispusieron a salir. En ese momento, las balas hicieron astillas el marco de la puerta junto a sus cabezas. Y a continuación llegó el fuego de las ametralladoras.

Ya fuera de la casa, los dos hombres se echaron al suelo y empezaron a arrastrarse buscando el abrigo del bosque. Dada la naturaleza secreta de su misión, eran muy pocos los que conocían los planes de Pash para aquel día. Por tanto, no tenía ni idea de quién les estaba disparando ni por qué: nazis, americanos, franceses traidores de dudosa lealtad. Fuera quien fuera, tenía un objetivo claro: convertir a Pash y a su compañero en la octava y novena bajas de la búsqueda del físico nuclear francés.

Mientras tanto, en el mismo momento en que Boris Pash esquivaba los disparos, el nuevo jefe científico de la brigada de los bastardos estaba capeando su propio temporal. Samuel Goudsmit, un físico nuclear blandengue y un tanto extravagante, había llegado a Londres poco después del Día D, justo a tiempo para ver cómo se disparaban los primeros misiles V-1. En la oscuridad de la noche la gente de la ciudad pudo oír un zumbido sobre sus cabezas, hasta que el motor del misil se apagó y empezó a descender. A continuación, hubo unos segundos de silencio aterrador: muchos aguantaron la respiración hasta que se produjo el estallido. Luego vendrían uno o dos segundos más de un silencio roto de inmediato por los gritos: a partir de entonces ya no habría más silencio aquella noche.

A la mañana siguiente Goudsmit tuvo la desagradable misión de inspeccionar los cráteres de los V-1 con un contador Geiger. Los mandos militares lo arrastraban de un desastre a otro, prácticamente empujándole por las pendientes en llamas para escuchar el sonido que indicaba radiactividad. El alto mando nazi estaba furioso por la invasión del Día D y los aliados tenían miedo de que contratasen lanzando armas nucleares a través del canal de la Mancha. Los misiles V parecían un vehículo de reparto perfecto, y a Goudsmit le correspondió inspeccionar los hoyos que excavaban.

No detectó ningún signo de radiactividad, pero ello no significaba que Goudsmit pudiera relajarse. Por el contrario, enseguida recibió unas órdenes mucho más peligrosas: invadir la guarida del dragón del Reich y buscar bombas nucleares en la Europa continental. Incluso la lista del material que le ayudaría a prepararse para la misión parecía inverosímil. Se le recomendaba conseguir un gorro de lana para «ponérselo bajo el casco». ¿Quién le iba a disparar? Y, por Dios, ¿una máscara de gas? Lo más siniestro de todo era que una de las recomendaciones de la lista era que actualizase su testamento y contratase un seguro de

vida. Para el caso, también podía llamar ahora mismo a su esposa y decirle que estaba en las últimas. Resultó que, de todas formas, ninguna compañía de seguros estadounidense iba a cubrir a ningún miembro de la brigada de los bastardos. «Dejemos esto claro. ¿Vas a infiltrarte en territorio nazi para buscar una superarma atómica y quieres un seguro de vida? Ni lo sueñes». Boris Pash consideraba el trabajo de comando como una aventura, pero Goudsmit solamente veía el peligro y la certeza de su propia muerte.

De hecho, Goudsmit probablemente habría pasado de la guerra y se habría quedado cómodamente en casa si unas fuerzas más poderosas no le hubieran obligado a participar. Como judío europeo, nacido en Holanda, estaba decidido a luchar contra Hitler. El hecho de ser uno de los pocos científicos nucleares aliados que no trabajaban en el Proyecto Manhattan lo colocaba también en una posición única: contaba con conocimientos generales para interrogar a científicos nazis sobre investigaciones de fisión, pero no con conocimientos específicos suficientes sobre bombas para revelar ningún secreto en caso de que (¡glups!) fuera capturado y torturado. Además, hablaba varios idiomas europeos y era amigo de muchos de los mejores físicos alemanes.

O al menos lo había sido. Tras varios años de guerra, había acabado odiando a algunos de ellos. Había tenido una relación especialmente buena con el legendario especialista en física cuántica Werner Heisenberg, que incluso ocasionalmente se había alojado en su casa. Sin embargo, su afecto se había esfumado después de que Heisenberg se incorporara al programa de la bomba atómica alemana. Goudsmit se sintió traicionado, y aquello hizo que su mente siguiera derroteros más siniestros. En cierta ocasión llegó a sugerir, totalmente en serio, el despliegue de un equipo de operaciones especiales en Alemania para secuestrar a su antiguo amigo. Y a medida que los rumores sobre los alemanes se intensificaban, Goudsmit llegó a

participar en acciones aún más oscuras, incluyendo un plan consistente en enviar a un antiguo jugador de la liga de béisbol profesional a Suiza con una pistola y una píldora de cianuro para asesinar a Heisenberg en un congreso científico.

Pero por encima de todo, más allá incluso de su obsesión por Heisenberg, Samuel Goudsmit iba a la guerra en Europa con una misión personal. Las maquinaciones de Hitler habían provocado que su familia quedara atrapada en Holanda, donde sus ancianos padres habían sido detenidos y arrestados. La última carta que había recibido de ellos llevaba el matasellos de un campo de concentración, y desde entonces le embargaba una profunda angustia. Goudsmit entró a formar parte de la brigada de los bastardos para combatir a Hitler, desde luego, y para impedir que los nazis consiguieran la bomba atómica. Pero también tenía que encontrar a sus padres.

Los cráteres provocados por los V-1 que Samuel Goudsmit inspeccionaba en Londres eran realmente espantosos, pero los espías científicos de toda Europa ya habían oído rumores de que estaban por llegar otras armas V aún más letales: los V-2 y los misteriosos V-3, misiles que prometían un mayor alcance, mayor velocidad y más destrucción. A Joe Kennedy todo eso le parecía bien: cuanto mayor fuera el peligro, mayor sería su gloria.

En agosto de 1944, Joseph Kennedy Junior estaba destacado en Inglaterra y mataba el tiempo escribiendo cartas a su hermano pequeño John, futuro presidente de Estados Unidos. Como todos los pilotos —pilotaba para la marina—, en sus cartas Joe decía cosas picantes sobre chicas y se quejaba del aburrimiento y de la dureza del campo. En realidad, su condición de Kennedy le otorgaba privilegios con los que la mayoría de los soldados no podían ni siquiera soñar: huevos frescos, pañuelos blancos de se-

da, un tocadiscos, un humidificador y una bicicleta para ir pedaleando a la iglesia. A veces incluso podía requisar algún avión y enviarlo a Londres a recoger cajas de *whisky* y de cerveza Pabst Blue Ribbon. En resumidas cuentas, a Joe las cosas le iban fenomenal.

No obstante, bajo la cháchara intrascendente de sus cartas había un trasfondo de envidia. En una de ellas felicitaba a Jack por una medalla que se le había concedido en reconocimiento a su valor en el Pacífico Sur; entre otras hazañas, John F. Kennedy había salvado la vida a Patrick McMahan, un marinero que había sufrido graves quemaduras. Aquello le había granjeado a Jack fama de héroe de guerra, así como la animadversión de su hermano. En un halago mordaz, Joe mencionó que había visto otro artículo sobre Jack en una revista, y añadió: «McMahon debe de estar ya harto de hablar de ti». Los hermanos, que solo se llevaban dos años, habían crecido compitiendo por todo: notas, chicas y el afecto de su padre. Joe ganaba casi siempre, y le enfurecía ver que su hermano pequeño le superaba en la gloria de la guerra, la competición más importante de sus jóvenes vidas.

Sin embargo, Joe tenía esperanzas de desquitarse pronto, ya que, entre la misa del domingo y las copas del sábado, se estaba entrenando para una misión ultrasecreta. Durante el último año Alemania había construido una red de misteriosos búnkeres de misiles a lo largo de la costa norte de Francia, justo al otro lado del canal de la Mancha. Si Hitler quería realmente desatar la furia atómica sobre Londres, esas construcciones serían perfectas para el lanzamiento, pero después de los bombardeos de los V-1 los dirigentes aliados estaban ansiosos por acabar con los búnkeres.

El problema era que los búnkeres eran tan grandes y estaban tan bien reforzados que las bombas convencionales arrojadas desde los aviones no servían. Por ello los oficiales tuvieron que ser creativos y decidieron convertir los